

III.

Las guerras de César pusieron á Roma en relacion con las naciones de la Europa occidental, destinadas á reemplazarla en el teatro del mundo. Estos pueblos eran desconocidos hasta tal punto que un historiador moderno compara la conquista de los Galos por César al descubrimiento de América por Colon (1). Antes de los logógrafos no se ha hecho mencion de los Galos. *Hecateo* (2) habla de los Celtas que habitaban los alrededores de Narbona. *Herodoto* nada sabía de ellos, sino que se encontraban más allá de las columnas de Hércules. *Timeo* fué el primero que dió el nombre de Galatia á los países situados al Este de la Iberia (3). Las colonias griegas no dieron á conocer el interior del país: las nociones de los hombres más sabios de la Grecia se reducian á algunas vagas noticias, mezcladas con tradiciones fabulosas. Cuando entró César en las Galias, la parte meridional estaba conquistada, pero sólo por la guerra llegó á conocer las poblaciones del Norte (4). No exageraba, pues, *Ciceron* al decir: «Estas comarcas, estas naciones, cuyos nombres áun jamas habian llegado hasta nosotros, las han recorrido nuestro general y nuestras legiones» (5).

César abrió comunicaciones seguras entre la Italia y la Europa occidental; hasta entónces los mercaderes no podian pasar por los Altos Alpes sin correr grandes riesgos. Las legiones hicieron desaparecer la barrera que la naturaleza parecia levantar entre la Galia y la península italiana (6). Tal es el carácter que distingue á los conquistadores civilizadores. Alejandro aproximó el Oriente al Occidente; César preparó la unidad de Europa.

Para apreciar la bienhechora influencia que la dominacion romana ejerció sobre los habitantes de las Galias, es necesario figu-

(1) LEO, *Universalgeschichte*, t. I, p. 530.

(2) 549-477 ántes de J. C.

(3) *Real-Encyclopädie*, t. III, p. 589, 590.

(4) CAESAR, B. G., II, 4.

(5) CICERON. *De prov. consul.*, c. 13.—C. CAESAR, B. G., II, 4.—DIODOR., III, 38.

(6) CAESAR, B. G., VII, 3, 42, 55.—CICERON., *De prov. consul.*, c. 14.

rarse el estado en que César los encontró. «Para los Galos, dice *Ciceron*, es una vergüenza el cultivar la tierra; por lo cual, van con las armas en la mano á cortar la mies en los campos ajenos» (1). De antiguo habian ejercido el bandolerismo. Antes de la llegada de los Romanos, se hallaban empeñados en guerras permanentes.

Los Galos gustaban de la carnicería y de la vista de la sangre enemiga (2). Al leer lo que los historiadores refieren de sus usos de guerra, creeriase uno en medio de los salvajes de América. Cortaban las cabezas á los muertos y las ataban á las crines de sus caballos, ó las llevaban en las puntas de sus lanzas: clavaban estos horribles trofeos en sus casas. Los cráneos de los enemigos más ilustres servian de vasos sagrados para ofrecer libaciones en las fiestas solemnes (3). Durante largo tiempo los Galos mataban sus prisioneros de guerra: los crucificaban en maderos, los ataban á los árboles para que fueran objeto de su alegría, ó los entregaban á las llamas de las hogueras entre espantosos sacrificios (4).

Sus incursiones en la Grecia en el tercer siglo ántes de nuestra era se asemejaron á guerras de caníbales. Mataban los niños, bebían su sangre, se saciaban con su carne (5). Vióseles dar muerte á sus propios heridos, en número de más de diez mil (6).

Los Griegos se llenaron de horror al ver que los Bárbaros no daban sepultura áun á sus muertos (7). Era antigua usanza el que los reyes macedonios fuesen sepultados en ricas estofas; objetos de gran valor se depositaban en sus tumbas. Los Galos violaron estas sepulturas, y despues de haberlas despojado lanzaron al aire las osamentas.

El estado interior de las Galias respondia á esta barbarie. Los druidas y los nobles estaban en posesion exclusiva del gobierno y

(1) CICERON., *De Republ.*, III, 9.

(2) DIODOR., V, 32.—CAESAR., B. G., VI, 11, 12.—SILIUS ITALICUS, VIII, 18-20.

(3) IBID., V, 29; XIV, 115.—LIV., X, 26; XXIII, 24.—STRAB., IV, p. 136.—LIV., XXIII, 24.

(4) IBID., V, 32.—LIV., XXXVIII, 47.

(5) PAUSANIAS, X, 22, 3-7.—PAUSANIAS dice que las barbaridades á que se entregaron hacen creible lo que se cuenta de los Cyclopes y de los Lestrygonos.

(6) DIODOR., XXII, 10.

(7) PAUSAN., X, 21, 6, 7.—PLUTARCH., *Pyrrh.*, 26.

de las riquezas; el resto de la población se encontraba en una condición que se aproximaba á la esclavitud. Nada caracteriza mejor el estado violento de la sociedad gala que la institución de la clientela que abrazaba individuos y tribus enteras: las pocas palabras que de ella dice César prueban que la Galia era presa de todos los abusos del vasallaje feudal, muchos siglos ántes del establecimiento del feudalismo. Las clases inferiores estaban oprimidas por la enormidad de las cargas públicas; las deudas que se veían obligadas á contraer las ponían en la dependencia de los hombres ricos; no ofreciéndoles apoyo alguno el Estado, se veían obligadas á solicitar la protección de aquellos mismos que las oprimían. Sabido es lo que significa el apoyo de los opresores: era una verdadera esclavitud, dice César (1). Asimismo los pueblos débiles vivían bajo la clientela de un pueblo más poderoso. Cuando una ciudad había adquirido la supremacía, hacía un uso arbitrario de su poder, hasta que el abuso llegó á ser intolerable (2). La libertad consistía en la ausencia de toda ley: esta incapacidad natural de vivir bajo un régimen legal es una señal cierta de barbarie. No había unidad sino en la jerarquía de los druidas: ejercían el poder judicial sobre toda la nación; su influencia era tan grande que llegaban á conciliar pueblos que se hallaban en armas (3); pero la sangre manchaba su religión (4).

Augusto prohibía los sacrificios humanos, pero con ciertas concesiones en cuanto al orden poderoso de los druidas (5). Apercibiéronse sus sucesores de que la interdicción sería estéril, en tanto que subsistiese la corporación sacerdotal cuyas enseñanzas legitimaban estas horribles supersticiones. El emperador Claudio atacó abiertamente el druidismo; proscribió á sus sacerdotes, de

(1) CAES., B. G., VI, 13.

(2) IBID., B. G., I, 31; VI, 4, 12, V, 39.

(3) IBID., B. G., VI, 13.—STRAB., IV, p. 135.

(4) El ceremonial más usado y más solemne para los sacrificios humanos era también el más espantoso. Se construía un inmenso coloso de figura humana de mimbre, se le llenaba de hombres vivos, se le colocaba sobre una pira, un sacerdote arrojaba á él una antorcha encendida y todo desaparecía en breve en el torbellino del humo y de las llamas. (CAES., B. G., VI, 16.—STRAB., VII, página 203; IV, p. 136.)

(5) POMPON. MELA, III, 2.

los que hizo perecer un gran número. *Plinio el Naturalista* aplaude esta persecución. No sin razón la considera como un título de gloria para Roma (1). La historia agradecerá á los ávidos conquistadores este inmenso servicio que han prestado á la humanidad.

La abolición de los sacrificios humanos no fué el único beneficio de la dominación romana. El progreso hácia la unidad que se realiza bajo el Imperio fué también provechoso para los Galos. La Galia, más que cualquiera otra nación, tenía necesidad de que una mano de hierro le impusiera esta unidad que debía un día constituir su fuerza y su gloria, pero que no había sabido encontrar en sí misma. El vicio fundamental de la raza Gala era el espíritu de discordia; resplandecía en las relaciones privadas y en las relaciones con el extranjero (2). Las comidas públicas, que entre los Griegos eran un vínculo y un símbolo de fraternidad en la ciudad, degeneraban entre los Celtas en verdaderas luchas (3). Estas funestas rivalidades dividían igualmente á los pueblos (4). El espíritu de la división de los Galos tenía su origen en una vanidad excesiva. Todos querían ser los primeros, todos querían dominar; nadie quería ser el segundo; nadie quería obedecer. Ni el peligro común llegó á unirlos. Un druida fué el que llamó á los Romanos á su patria y César encontró aliados entre los Galos. Hasta en la última insurrección, acaudillada por el heroico Vercingetorix, cuando se trataba de ser ó no ser, hubo defecciones. Después de la muerte de Vitelio, la Galia se sublevó á la voz de sus sacerdotes. Convocóse una dieta general en Reims. ¿Van los representantes de la Galia á concertar sus esfuerzos para sacudir el yugo extranjero? Eusechemos á Tácito: «La mayor parte se dividieron por la rivalidad de las provincias. ¿Quién había de ser el jefe de la guerra? Si se triunfaba, ¿qué capital se había de escoger para el Im-

(1) PLIN., XXX, 1: «*Nec satis aestimari potest, quantum Romanis debeatur, quæ sustulere monstra in quibus hominem occidere religiosissimum erat, mandati vere etiam saluberrimum.*»—C. SUTTON., *Claud.*, c. 25.

(2) CAES., B. G., VI, 11: «*In Gallia, non solum in omnibus civitatibus, atque in omnibus pagis partibusque, sed pæne etiam in singulis domibus factiones sunt.*»

(3) POSIDONIUS, ap. Athen., *Deipnos.*, IV, 40.

(4) *Regna bellaque per Gallias semper fuerunt, donec in nostrum jus concederentis.*—TACIT., *Hist.*, IV, 74.

perio? No se había conseguido aún la victoria y la discordia reinaba ya. La inquietud por el porvenir hizo prevalecer lo presente » (1).

Estaba aún bien lejano este porvenir. La Galia debía atravesar la dominación romana, la Edad Media y el despotismo realista antes de llegar á la unidad. Roma preparó la obra de la revolución. César comenzó la asociación sobre el campo de batalla; Augusto la continuó en la administración. Convocó en Narbona á los representantes de la nación para darle leyes: allá, dice un historiador romano (2), se inauguraron nueva vida y nueva política. A la distribución de la Galia en tribus hostiles sustituyó una división administrativa, germen de su unidad futura. La asamblea votó levantar un altar en honor de Augusto; fué inaugurado en Lyon, el día del nacimiento de Claudio. Una estatua colosal representaba al emperador; sesenta estatuas más pequeñas, destinadas á simbolizar los sesenta estados de la Galia, formaban su cortejo. Era esta una imagen del nuevo orden social. Los druidas habían reconocido un genio particular en cada una de las antiguas tribus; estos elementos discordes fueron reducidos á la armonía por su subordinación al genio del Imperio (3).

La dominación romana operó en la Galia la misma transformación que en España. En la época de la conquista el país presentaba un aspecto salvaje: bosques, lagunas, eriales inmensos cubrían una parte de su suelo. Los habitantes conocían la agricultura, pero la estimaban en poco; preferían la condición de pastores, que convenía más á sus costumbres vagabundas y á sus gustos militares. Cuando después de cinco siglos los Germanos invadieron la Galia romana, había cambiado completamente. Ciudades numerosas y magníficas, adornadas de templos, de palacios, de anfiteatros; cultivos productivos; escuelas en que las letras, abandonadas ya en Italia, despedían aún algún resplandor; un pueblo vestido con traje romano, llevando nombres romanos, hablando generalmente

(1) TACIT., *Hist.*, IV, 54, 69.

(2) DION. CASS., LIII, 22.

(3) STRAB., IV, p. 132.—REYNAUD, en la *Encyclopedie Nouvelle*, en la palabra *Druides*.

la lengua latina: la metamorfosis era completa, los Bárbaros se habían vuelto Romanos.

Este milagro se realizó en las Galias, como en España, por la fuerza de asimilación que poseía el pueblo rey. Colonias, de las que algunas son hoy ciudades poderosas, Lyon, Tréveris, Colonia, fueron los centros que esparcieron la civilización entre los Bárbaros. Grandes vías de comunicación que enlazaban la Galia á la Italia y las diversas partes de la Galia entre sí, favorecieron el movimiento del comercio y de las ideas. Augusto, que tomó la iniciativa en estos trabajos, estableció también las primeras escuelas en las Galias; pronto hubo en todas las ciudades importantes especies de universidades, donde se enseñaba la filosofía, la medicina, la jurisprudencia y las bellas letras. Hasta en la decadencia del Imperio los jefes del Estado trataron de mantener la prosperidad de las escuelas galas, concediendo privilegios numerosos á los profesores (1). Los Galos se dedicaron con pasión á esta nueva carrera; rivalizaron pronto con sus vencedores.

La Narbonense, largo tiempo há conquistada y vecina de Italia, produjo ya bajo los primeros emperadores poetas, historiadores y oradores. Varrón nació en Narbona. Gallo, el amigo de Virgilio, el émulo de Propertio y de Tibulo vió la luz en la Galia meridional. Uno y otro pertenecían sin duda á familias latinas establecidas en las colonias. Un historiador, cuyos escritos echa de ménos la ciencia, Trogo Pompeyo, nacido en las Galias, no era Romano de origen; su abuelo ganó la ciudadanía sirviendo bajo Pompeyo. El ingenioso aunque licencioso Petronio, nacido en Marsella, creó el género de la novela. Los Galos se distinguieron en el foro de Roma y en el Senado por su fácil elocución; revelaron desde entonces «el verdadero genio de la Francia, el genio oratorio» (2). En el siglo IV la literatura romana no vivía más que en las Galias. Roma no estaba ya en Roma, estaba en las provincias. La Galia fué el teatro del último combate dado contra los Bárbaros bajo las águilas romanas.

(1) GUIZOT, *Historia de la civilización en Francia*, 4.^a lección.—THIERRY, *Historia de los Galos*, 3.^a parte, cap. 1.

(2) MICHELET, *Historia de la Francia*, lib. 1, cap. 3.

Los Galos, bárbaros en otro tiempo, están en presencia de los Bárbaros del Norte. Aquí resplandecen los designios de Dios en las conquistas de Roma. La guerra es el gran instrumento de civilización en la antigüedad. Los Griegos habían civilizado al Oriente y á los Romanos como vencedores y como vencidos. ¿Quién civilizará á los Bárbaros cuando haya llegado la hora en que deban realizar su obra de destrucción? Es necesario que sobre las ruinas se levante un nuevo edificio. Roma y el Cristianismo asentarán sus cimientos. Los fieros Sicambros encorvarán la cabeza bajo la autoridad de la religión y del derecho romano. La Galia civilizó á sus feroces vencedores; pero para cumplir con esta misión, hubo de ser iniciada por sus conquistadores en las artes, en la literatura, en las leyes de Roma y convertirse al Cristianismo bajo la influencia de la unidad romana. ¿Se dirá que abandonada á sí misma, hubiera desarrollado de una manera original las facultades de que Dios había dotado á la raza céltica? Los escasos hechos que conocemos no están en armonía con esta suposición. No encontramos indicio alguno de una civilización progresiva en las Galias, en la época de la conquista romana; creeriase mejor que la raza gala se hallaba ya en decadencia. Se distinguía en pasados tiempos por un ardor guerrero llevado hasta la extravagancia. Cuando César llegó á las Galias la nación había cambiado mucho. El conquistador no encontró resistencia seria sino en la nobleza; en cuanto á las masas, embrutecidas por la servidumbre, plegáronse fácilmente á la dominación extranjera. El general romano estimaba tanto el valor caballeresco de la aristocracia gala, cuanto desdeñaba la fanfarronería del comun de los Celtas. Por otro lado el espíritu de división y de rivalidad de las clases dominantes iba creciendo; sin la intervención extranjera hubiera conducido á la Galia á la anarquía y á la disolución.

No tenían los Galos sino un elemento de unidad y de civilización, la religión. Un escritor francés ha emprendido la tarea de rehabilitar el druidismo (1). No seguiremos á *Mr. Reynaud* en sus in-

(1) J. REYNAUD, en la *Encyclopédie Nouvelle*, en la palabra *Druidisme*. Nuestro conocimiento de la religión druidica es muy imperfecto. El cuadro que monsieur Reynaud traza de él es evidentemente ideal.

geniosas indagaciones acerca de los dogmas de nuestros antepasados; estamos dispuestos á creer que los Romanos los comprendieron poco, y que en las concepciones de aquella teocracia poderosa había gérmenes de un porvenir religioso. Pero el elocuente defensor de los druidas reconoce que su culto iba decayendo en la época de la conquista de César, y nada lo prueba mejor que la facilidad con que la Galia se hizo romana; confiesa que el druidismo tenía un vicio esencial y era que, siendo completamente poderoso para desarrollar en los hombres el sentimiento de la personalidad, era incapaz de reunirlos en una existencia comun, que hizo de los Galos guerreros prodigiosos, pero no supo hacer de ellos ciudadanos. Necesario es añadir que el druidismo no tuvo poder para humanizar á los Galos, puesto que en la época de la conquista romana eran aún bárbaros: un culto que ordenaba sacrificios humanos no merece que la historia deplore su desaparición. Faltaba la caridad á la religión de nuestros padres; ha sido necesario que el cristianismo le revelara esta ley divina. El druidismo debía, pues, desaparecer de la Galia. Imponiendo su dominación á los Galos, Roma los preparó para el bautismo de una religión de amor.

N.º 3.—*La Bretaña.*

La Inglaterra no solamente no era conocida de los Romanos antes de las guerras de César (1), sino que aun la existencia de esta isla, *separada del resto del mundo* (2), era puesta en duda; los historiadores creían que todo lo que se decía de ella, hasta su nombre, era una pura fábula (3). Escipión pidió noticias sobre la Bretaña á los habitantes de Marsella, de Narbona, de Carbilona, las tres ciudades más comerciales de las Galias; no pudieron de-

(1) CAES., B. G., IV, 21.

(2) *«Et penitus toto divisos orbe Britannos»* (VIRGIL., *Bucol.*, I, 67).

(3) PLUTARCH., *Caes.*, c. 23.